

JORGE
DEZCALLAR
VALIÓ
LA PENA

Una vida
entre
diplomáticos
y espías



ÍNDICE

Portada

Dedicatoria

Prólogo

1. En busca de mi esmeralda

2. Desde el Cono Sur

3. Tan cerca y tan lejos

4. Reflexión sobre Marruecos

5. El fin de una anomalía

6. Muerte en Beirut

7. Cuando la Paz pasó por Madrid

8. Me faltó tiempo

9. Madrugada sangrienta

10. Espaguetis con indulgencias

11. Embajador en el Imperio

A modo de epílogo

Fotografías

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

A Pilita y Teresa, que lo vivieron conmigo

*A Cristina, Juan, Jaime, Francisco y Duarte,
para que sepan cómo lo viví yo*

PRÓLOGO

He tenido la inmensa suerte de trabajar en lo que me ha gustado y tengo la esperanza de haberlo hecho bien, aunque sólo sea porque estoy convencido de que únicamente se puede hacer bien aquello que a uno le complace. Mi trabajo me ha permitido servir a mi país en el ámbito de la política exterior en un momento fascinante de su historia contemporánea, cuando España recuperaba el lugar que le correspondía en el concierto de las naciones libres. Pablo Neruda subtituló sus memorias «Confieso que he vivido», y a mí, salvando todo lo que haya que salvar, me agradecería decir en estos recuerdos que «confieso que me he divertido» porque eso es exactamente lo que he hecho durante los años que he tenido la fortuna de disfrutar de una profesión fascinante. Quiero dejar aquí constancia de mi agradecimiento a todos aquellos que a lo largo de los años depositaron su confianza en mí y me permitieron desarrollar mi carrera.

Mi vocación fue temprana, pues desde los doce años tuve claro que deseaba ser diplomático, profesión que me ha deparado grandes satisfacciones quizá porque, como se dice, un diplomático que se divierte es menos peligroso que uno que trabaja. Lo que no significa que a veces no me haya llevado berrinches al ver lo que no se hacía y se podía hacer o lo mal que se hacían otras cosas. Lo normal. Cuan-

do ingresé en la carrera diplomática, Franco aún vivía y nuestro aislamiento exterior sólo se veía aliviado por la guerra fría, algunos acuerdos con el Vaticano y con Estados Unidos y la «tradicional amistad» con algunos líderes árabes, además de los hermanos iberoamericanos, que nunca fallan. Era un contexto de absoluta anormalidad y había que darle la vuelta de arriba abajo. A los veinticinco años, en Polonia, mi primer destino como diplomático, discutía con mis amigos polacos en torno a una botella de vodka y les decía que sí, que de acuerdo, que todos vivíamos en dictaduras, pero que la de mi país se iba a acabar muy pronto, aunque fuera por razones puramente biológicas, y la de ellos, no. La española finalizó, en efecto, apenas dos años más tarde; sin embargo, ninguno de nosotros sospechaba entonces que la Unión Soviética se iba a volatilizar apenas quince años después y que también mis amigos polacos podrían vivir libres. Soplaban vientos de libertad en Europa y en España y yo creía firmemente en aquel futuro que se nos abría. Participar en lo que luego se conoció como la Transición es lo mejor que he hecho en mi vida: buscar lo que nos unía en lugar de lo que nos separaba y ceder cuando era necesario para lograr consensos sobre los que construir nuestra recuperada democracia. Eso y contribuir a la construcción de la Unión Europea, con lo que demostramos, de paso, a nuestros colegas que España no era distinta, sino otro país europeo más, ni mejor ni peor, si acaso algo mejor, pero en absoluto diferente. Son cometidos que realicé con convencimiento y mucha ilusión.

He trabajado bien con seis presidentes: Adolfo Suárez, Leopoldo Calvo-Sotelo, Felipe González, José María Aznar y José Luis Rodríguez Zapatero. Hubiera podido colaborar también con Mariano Rajoy, pero él decidió no contar conmigo cuando terminé mi embajada en Washington, y entonces opté por adelantar unos años mi jubilación para no

acabar mi carrera en los pasillos del Ministerio. Creo que he sabido retirarme a tiempo sin tratar de prolongar inútilmente la agonía, como hacen, equivocándose, algunos deportistas de élite. Fue una decisión acertada. A lo largo de mi carrera diplomática he sido director general doce años, con González y Aznar; he desempeñado el cargo de secretario de Estado del Centro Nacional de Inteligencia (CNI) durante tres años, con Aznar, y de embajador en lugares tan destacados para España como Marruecos, la Santa Sede y Estados Unidos durante diez años, con Aznar y Rodríguez Zapatero. También tuve tiempo para pasar un par de años en la empresa privada, en Repsol, lo que creo que puede resultar una experiencia enriquecedora para cualquier funcionario, pues las cosas no se ven exactamente de la misma manera que en la Administración. Durante todos esos años contribuí de forma modesta al diseño de la política exterior española y de manera continua a su ejecución, una política que fue muy ambiciosa en la época de González y de Aznar, cuando llegamos a pelear bastante por encima de nuestras capacidades con un inmenso esfuerzo e ilusión. Pese a las enormes diferencias que había entre un presidente y otro y sus respectivas ideas sobre política exterior, aquélla fue una etapa dorada en este ámbito: ambos poseían una idea de España y sabían dónde querían verla. Luego llegó la crisis, el deterioro de nuestra imagen y la prioridad de los temas internos.

Lobo Antunes dice: «escribir es escuchar con fuerza», y eso es lo que yo he tratado de hacer en las páginas que siguen, que casi se han escrito solas, ya que yo me he limitado a recordar algunos momentos que he tenido la suerte de vivir, consciente de que mis mayores méritos han residido en poder estar en el momento adecuado en el sitio oportuno y con la gente indicada. No me coloco, por tanto, en plan protagonista, sino más bien como testigo afortuna-

do, porque creo que he vivido cosas que vale la pena contar, y para ello me fío sobre todo de la memoria, aunque en ocasiones he recurrido a la hemeroteca o a algunas pocas notas personales tomadas sobre la marcha, muchas veces de manera apresurada por la noche, antes de acostarme, pues confieso que mi memoria es frágil y que necesita de apoyos como piezas musicales, olores, caras o paisajes para excitarse: en nada me parezco al Funes de Borges, que por recordarlo absolutamente todo en sus más ínfimos detalles se convirtió en un idiota integral. Porque memorizar no es acordarse de todo, sino saber lo que hay que olvidar, lo que hay que filtrar y lo que conviene dejar de lado.

No trato de contar la historia diplomática de España de estos años ni pretendo escribir un aburrido relato sobre negociaciones diplomáticas para uso de historiadores y expertos, aunque no desdeñe esbozar un análisis de las relaciones bilaterales en los países en los que he servido como embajador, pero siempre sobre la base de mi experiencia personal y de la pequeña historia, esa que Jean Lacouture llama la «historia inmediata», porque si algo no me permito ni excuso en los demás es aburrir al prójimo. Tampoco constituyen unas memorias, porque ni son lineales ni lo narro todo; mi ambición ha sido describir a modo de flashes algunos momentos especiales que he vivido y que me parece que pueden resultar de interés para otras personas. Entre limitarme a referir vivencias personales o analizar hechos concretos, he preferido combinar ambos enfoques siempre desde mi propia perspectiva y sin rechazar comentarios subjetivos sobre sus protagonistas cuando me ha parecido que podrían tener interés. Las limitaciones de espacio establecidas por los editores también me han obligado a seleccionar, decidiendo por mí y ante mí qué incluir y qué descartar, y me han llevado a dejar fuera mis primeras armas diplomáticas en Varsovia o Nueva York o los tres años

que fui director general de Política Exterior (director político) en Exteriores y durante los que viví acontecimientos como las guerras de los Balcanes y participé en la Conferencia de Dayton sobre Bosnia-Herzegovina. De la misma forma, los capítulos sobre mi paso por el CNI contienen algunas omisiones de situaciones que no puedo o no debo mencionar. También soy muy consciente de que los hechos son siempre subjetivos y terminan siendo lo que uno recuerda que fueron. Más aún, como ha escrito Ryszard Kapuściński: «Las personas recuerdan aquello que *quieren* recordar y no lo que de verdad ha sucedido» porque «el pasado no existe. Sólo existen sus infinitas interpretaciones». Lo que ya no es honesto es tratar de acomodar los hechos a los propios deseos y conveniencias, torciendo la realidad sin ninguna base, como algunos hacen hoy en torno a los terribles atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid.

Se trata, pues, de una recolección de recuerdos selectivos, muy selectivos, de una vida de trotamundos dedicada a la diplomacia que he compartido con Pilar y con Teresa, dos mujeres excepcionales y muy inteligentes que me han hecho el inmenso regalo de vivirla conmigo y de ayudarme mucho profesionalmente. En estas páginas no hablo de mi vida privada, pero hago una excepción para facilitar la lectura explicando que mi primera mujer, Pilar López de Chicheri, con la que viví un estupendo matrimonio de treinta y dos años, falleció cuando yo era embajador ante la Santa Sede, y años más tarde me casé de nuevo con Teresa Cunha de Eça, que me acompañó en mi embajada ante Estados Unidos. Talleyrand decía que «*la politique, c'est les femmes*», algo que yo aplicaría también a la diplomacia. Sin ellas, mi vida hubiera sido muy diferente, pues en realidad el diplomático forma equipo profesional con su cónyuge; nadie fuera de la profesión sabe el enorme trabajo que

ellas llevan a cabo discretamente, sin sueldo ni agradecimiento oficial alguno, y ya es hora de que los reciban.

Tampoco hay en las páginas que siguen ninguna voluntad de justificarme, pues simplemente he pretendido pasármelo bien y tomarme en serio lo menos posible, al tiempo que he procurado que los protagonistas fueran siempre los hechos, mientras yo me reservaba el papel de afortunado testigo que ha tenido la suerte de poder vivirlos de cerca y, a veces, desde dentro. Confieso que he disfrutado redactando este libro. Espero que divierta e interese a quienes lo lean y que pueda contribuir a esclarecer algún momento especialmente duro de nuestra historia reciente sobre el que se hacen descripciones no siempre inocentes. Porque creo, con Claudio Magris, que es también mi obligación escribir «contra el olvido y contra el tiempo, para salvar algunas cosas».

Y lo hago sin melancolía. Fernando Savater dice que «la melancolía es la vida que vemos consumirse», y yo la veo pasar con mucha tranquilidad e intentando disfrutar de cada uno de sus instantes. Aplico lo de *carpe diem* cuanto puedo y mientras el cuerpo aguante.

Valldemossa, Lisboa

Febrero de 2014-mayo de 2015

1

EN BUSCA DE MI ESMERALDA

Cuando miro para atrás, veo dos influencias decisivas y muy diferentes en mi temprana vocación diplomática: mi tío Guillermo Nadal Blanes y Emilio Salgari. Sobre el segundo, poco hace falta decir, sólo que sus aventuras en tierras lejanas excitaron mi imaginación de niño que soñaba con el Tigre de la Malasia y con el Corsario Negro. Mi tío Guillermo merece más explicación. Era diplomático y muy culto. Había traducido a Rilke y a Pushkin al catalán; hablaba ocho idiomas; había presentado sus cartas credenciales en Nueva Delhi en hindi y estaba aprendiendo turco en Ankara cuando sufrió un derrame cerebral que le produjo un hematoma en la cabeza, por lo que durante un tiempo sólo se pudo expresar en inglés. ¡Menos mal que uno se podía entender con él! Le visité en el hospital y me dijo: «La gente debe de pensar que soy un imbécil con pretensiones, pero hay tantos embajadores imbéciles que no se notará». Cuando le disminuyó la inflamación, recobró su dominio del castellano y de las demás lenguas que hablaba.

Tío Guillermo solía venir de visita a casa de mis padres cuando pasaba por Palma, y en esas ocasiones me dejaban estar un rato en el salón. Él, entonces, conmigo allí acurrucado, contaba anécdotas fascinantes como que veía salir el sol montado a caballo a las seis de la mañana porque luego

hacía un calor insoportable en Nueva Delhi; que había ido a cazar tigres a lomos de un enorme elefante, o que había asistido a una cena dada por un maharajá en la que cada invitado descubría una esmeralda escondida entre los pliegues de su servilleta. *Si non é vero...* Yo escuchaba con la boca abierta y ojos como platos y pensaba que mi tío vivía en directo las aventuras que yo leía en los libros de Salgari. Decidí a la sazón que yo también quería viajar y conocer ese mundo tan fabuloso y tan diferente de la España somnolienta de aquellos años en los que todo el país tenía legañas. A los doce años veía muy claro que deseaba ser diplomático, y organicé mis estudios y el aprendizaje de idiomas en consonancia con ese objetivo. Nunca tuve la más pequeña duda al respecto, y aunque jamás he cazado tigres a lomos de un elefante ni he encontrado mi esmeralda (confieso que he pasado muchos años desdoblado servilletas con la secreta esperanza de hallarla), he disfrutado de la suerte de divertirme siempre con mi trabajo en una carrera que ha llenado mi vida, me ha permitido conocer gentes interesantes y me ha brindado otras aventuras. Ha sido un privilegio contar con un empleo que me hacía levantarme cada mañana con la ilusión de averiguar lo que el día me iba a deparar. A veces me han fallado las personas; en ocasiones me ha irritado ver lo que veía y otras veces he pensado que podríamos hacer más de lo que hacíamos o que deberíamos proceder de otra manera. Pero mi profesión nunca me ha decepcionado. Sólo más tarde me he dado cuenta de que era precisamente allí donde estaba mi esmeralda. Y si en el camino he podido contribuir con mi grano de arena a lograr un mundo un poco mejor, pues también me alegro mucho, porque si no creyera que los problemas se pueden arreglar razonando y no a bofetones no habría podido dedicarme a esto.

Más tarde, a partir de los catorce años, también comencé a tratar a otro diplomático que frecuentaba la casa de mis padres, ya en Madrid: Enrique Larroque, más interesado por la política que por el exotismo y fundador del Partido Liberal, en la más honda tradición española que ha dado al mundo este sustantivo junto con otros como guerrilla o siesta. Su error estribó en desconocer que el nuestro no es un país de liberales, sino más bien cainita, donde las cosas son blancas o negras, con izquierdas y derechas bien definidas, que es, como sostenía Ortega y Gasset, otra manera de comportarse como imbéciles. Algo parecido decía Agustín de Foxá cuando afirmaba que los españoles vamos siempre detrás de los curas «o con un cirio o con un palo». Triste destino el nuestro, tan trágicos siempre y tan faltos de matices enriquecedores, cuando el mundo entero es un vasto mosaico de grises. Los italianos lo saben bien. El caso es que Larroque no quiso entrar en la UCD cuando se lo ofrecieron, y ahí se acabaron sus veleidades políticas. En «la carrera» lo llamaban cariñosamente el *Petit Larroque Ilustré*. Él amplió mucho mis horizontes intelectuales: me hizo descubrir con Platón la diferencia entre percepción y realidad, así como a gentes tan dispares como a Søren Kierkegaard y su angustia, a Milovan Djilas —el comunista yugoslavo desengañado— o a Pío Baroja y su anarquismo existencial, entre muchos otros. Siempre se lo agradeceré.

Si no ha habido esmeraldas en mi vida, he disfrutado de algunas dosis de exotismo y aventura con las que me gustaría comenzar estos recuerdos selectivos, pues ambos aspectos fueron, en definitiva, los dos motores que me llevaron a la diplomacia.

EL DURBAR DE MAIDUGURI

En diciembre de 1986, cuando era director general de Política Exterior para África, acompañé a los Reyes al *durbar* de Maiduguri, cerca de Kano, en el norte de Nigeria, la zona que luego ha pasado a estar dominada por Boko Haram. El *durbar* es una ceremonia de raíces medievales, pintoresca por su abigarramiento y espectacular por su brillantez, que sólo se celebra de uvas a peras. De hecho, el último festival de este tipo había tenido lugar en 1972 en presencia del emperador Haile Selassie, y el anterior, en 1956 con la reina Isabel II. Es algo tan singular que las autoridades nigerianas aprovechan para invitar a alguien importante, y ese año el presidente Haruda Babangida pensó en nuestros Reyes, que también querían mostrar su interés por África y sus problemas. En el *durbar*, los señores feudales de las tribus hausas del norte del país, musulmanes, prestan juramento de vasallaje al sultán, conocido como el *Shehu* de Borno; éste es su jefe tradicional, pues allí nadie parecía hacer demasiado caso al gobernador que nos acompañaba en representación del Gobierno central de Lagos. En esto hay algún parecido con lo que ocurre en Marruecos, donde a la realidad oficial de ministros y *walis* se superpone otra, no menos real, de jefes tribales, descendientes del Profeta conocidos como *chorfa*, y cofradías religiosas con decenas de millares de miembros. No es infrecuente que un problema se solucione antes recurriendo a ellos que a una Administración lenta y poco eficaz, como pude comprobar durante los años que fui embajador allí. Pero si bien nadie prestaba atención al gobernador, en la delegación española estábamos entusiasmados con la ministra de Presidencia, que se desplazó desde Lagos para acompañarnos en Maiduguri. Era una señora guapísima y de nombre imposible que nosotros resolvimos llamándola «La Moscosa» en homenaje a aquel ministro del ramo tan querido por los funcionarios por haber autorizado varios días al año de libre disposición.

El *durbar* se celebraba en una gigantesca explanada, más o menos rectangular, de unos quinientos metros de longitud y no menos de doscientos de anchura; ésta se encontraba rodeada de tiendas, como las jaimas marroquíes, ocupadas por millares de personas, allí congregadas para participar en el acontecimiento o que simplemente acudían a verlo desde remotos lugares. Entre las tiendas, dentro de ellas y detrás de ellas había caballos, vacas, corderos y gallinas; se encendían hogueras para asar pitanzas entre nubes de polvo y se armaba una algarabía de gritos y música en un ambiente muy festivo y muy medieval, que me recuerda a otra fiesta que viví en la fortaleza de Sohar, en el sultanato de Omán, donde peleaban toros y carneros entre los cantos y bailes de una multitud entusiasmada y engalanada. Ambos festejos parecían haber resucitado del fondo de la historia. En Maiduguri, el sultán tomó asiento bajo un baldaquino acompañado por los Reyes y el resto de autoridades presentes. Delante, a unos treinta metros, había una línea de estacas cortas plantadas en la tierra y pintadas de azul, blanco y rojo; hasta ellas se iban acercando a paso lento los nobles con sus heterogéneas comitivas en un desfile que se antojó interminable. Se aproximaban siguiendo un orden que debía marcar grados y preeminencias entre ellos, dado que el protocolo también era aquí muy importante, y lo hacían en grupos separados por espacios vacíos de unos treinta o cuarenta metros, cabalgando magníficas monturas y ataviados con antiguas armaduras que brillaban como la plata y que acompañaban de turbantes multicolores, cascos emplumados, sables al cinto y una gran lanza que integraba el uniforme, pues todos la llevaban, igual que las gafas de sol Ray-Ban y relojes de gran tamaño y doradas refulgencias. Los caballos iban, a su vez, soberbiamente enjaezados, con gualdrapas y ornamentos de tonos vivos, grandes pectorales de plata y borlas de lana de colo-